

y satisfacción para un Ayuntamiento el poder ser intérprete auténtico del pensar y querer de todo un pueblo!

Gracias a las Autoridades que, con tanta fe y devoción, han contribuido a dar esplendor a estos actos.

Gracias a los Sacerdotes, Religiosos y Religiosas.

Gracias a la Hermandad de la Virgen del Prado y Corte de Honor.

Gracias a la Junta de Honor de la Coronación y a la Comisión Ejecutiva.

Gracias, sobre todo, al pueblo cristiano que, con inmenso amor, callado sacrificio y absoluta entrega, ha colaborado y sigue colaborando a la glorificación de la Reina y Patrona de Ciudad Real.

* Pienso enviar una breve relación de todo al Sumo Pontífice para que, en medio de tantas penas y dificultades, le sirva de consuelo lo que Ciudad Real ha sabido hacer por la Virgen Santísima.

* Lo que ocurrió en el Aula de San Pedro, como broche de oro de la III Sesión del Concilio Ecuménico Vaticano II, cuando la augusta Madre de Dios fué proclamada solemnemente Madre espiritual de la Iglesia, se ha repetido vibrantemente en Ciudad Real.

Pablo VI lo recuerda vivamente y con gran emoción en la reciente Exhortación Apostólica sobre el culto a la Santísima Virgen María. Las palabras que el Sumo Pontífice acaba de escribir y enviar a todo el pueblo cristiano del mundo, se pueden repetir en nuestro caso. Recordémoslas y renovemos nuestra alegría:

«Grande fué también la alegría, tanto de muchísimos Padres conciliares como de los fieles presentes en el sagrado rito de la Basílica de San Pedro y de todo el pueblo cristiano esparcido por el mundo. Vino entonces instantáneamente a la mente de muchos el recuerdo del primer grandioso triunfo alcanzado por la humilde Esclava del Señor, cuando los Padres de Oriente y de Occidente, reunidos en el Concilio Ecuménico de Efeso, en el año 431, saludaron a María «Theotokos»: Madre de Dios. A la exultación de los Padres se asoció con jubiloso arranque de fe, la población cristiana de la ilustre ciudad, y los acompañó con antorchas a sus moradas. ¡Oh, con cuánta maternal complacencia, en aquella hora gloriosa para la historia de la Iglesia, la Virgen María miraría a los Pastores y fieles, reconociendo en los himnos y alabanzas elevados triunfalmente en honor del Hijo, y después en su honor, el eco del cántico profético que Ella misma, por inspiración del Espíritu Santo, había elevado al Altísimo: «Mi alma engrandece al Señor..., porque ha vuelto su mirada a la insignificancia de su Esclava, y por ello, desde este momento, todas las generaciones me llamarán bienaventurada; porque ha hecho en mí cosas grandes Aquél que es el Poderoso» (13) mo-yo de 1967).

¿Acaso no podemos decir las mismas palabras, al recordar la glorificación de María Santísima en la solemne Coronación Pontificia de la Virgen del Prado en Ciudad Real?

* Ahora, con la ayuda de Dios, a cumplir todos el compromiso que he-

mos contraído con la Virgen del Prado: vivir nuestra Fe con sinceridad y contribuir en la construcción de un mundo mejor.

El camino está bien patente: el que va señalando con inspiración del Cielo, el gran Jefe espiritual que el Hijo de Dios ha puesto a la sociedad visible por El fundada, para salvación y felicidad del hombre: el Sumo Pontífice.

Para los problemas en el orden social: la «Mater et Magistra».

Para la paz de las naciones: la «Pacem in terris».

Para el desarrollo de los pueblos: la «Populorum progressio».

Y en todos los problemas que van surgiendo en la vida del hombre, atención a sus palabras que recuerdan y aplican el Evangelio de Jesús.

* ¡Gracias, gracias, gracias a todos! Que la Virgen del Prado, coronada ya, nos siga recibiendo en su Santuario, y se digne presentar a Dios, nuestro Padre, las penas y las alegrías que forman el tejido de nuestra vida.

Ciudad Real, 8 junio 1967.

† **Juan Hervás,
Obispo Prior
de las Ordenes
Militares**